



DON ANDRÉS BELTRAMI

Comprendió la necesidad de sufrir y de sufrir bien

24 de junio de 1870 - 30 diciembre de 1897

En el año 1895, sacerdote ya desde hacía dos años, Andrés Beltrami escribió esta carta dramática a don Julio Barberis, el sacerdote salesiano que le había seguido en los primeros tiempos de su vocación: "La gracia de la vocación fue para mí una gracia del todo singular, invencible, irresistible. El Señor me había puesto en el corazón una persuasión firme, un íntimo convencimiento de que el único camino conveniente para mí eres el hacerme salesiano: era una voz de mando que no admitía réplica, a la que no hubiera podido resistirme aun queriendo (...). conseguí el título de bachiller en el Liceo Gioberti de Turín, y mi examen fue un verdadero triunfo: de entre los 33 candidatos provenientes de las escuelas privadas, sólo tres fueron aprobados. De estos tres, yo fui el primero, habiendo obtenido diez en italiano y nueve en redacción. Por eso obtuve la primera medalla del colegio de Lanzo (...). resultados tan espléndidos me abrían una hermosa carrera en el mundo. Pero no había vuelta atrás, la voz de Dios no admitía réplica: "tú debes hacerte religioso". Un profesor del Liceo. Un sacerdote de mucha autoridad en mi familia me quería en el seminario de Novara. Dos clérigos salesianos, ¡infelices! (luego salieron de la congregación), me disuadían de entrar en la vida religiosa. En Lanzo, entre los jóvenes, había un pésimo concepto sobre el noviciado, y así pensaba yo también. Pero estas cosas no me impresionaban: la voz de Dios era demasiado poderosa: tú debes hacerte salesiano. Yo era el primogénito, adorado por la familia: apenas manifesté mi vocación a mi madre, se echó a llorar. Luego, una vez vencida la naturaleza, siempre me animó. Mi padre, al principio me dio el permiso. Luego, en vísperas de la partida, instigado por algunos del pueblo que le habían hablado calumniosamente de la congregación (salesiana), me lo retiró, y se mostró enojado. Pero yo partí sin miedo, acompañador por mi madre. Aún más tarde, después de haberse enterado de que se trataba de calumnias, quedó satisfecho. (Mis padres se comportaban como verdaderos cristianos respecto a mi vocación, y Dios los recompensará). Me propusieron también hacer los estudios del Liceo de Novara, donde hubiera podido tener una subvención anual, pero todo fue inútil: tú debes hacer salesiano. Y era tanta la persuasión, que en los últimos ejercicios (espirituales) yo no quería en absoluto presentarme a Don Bosco para pedirle consejo para mi vocación, porque temía que leyese en mi conciencia, y viendo que en el pasado yo me había manchado muchas veces de impureza, me prohibiese el hacerme salesiano. Fui a Foglizzo (residencia del noviciado). Los primeros días sufrí mucho, lloré día y noche, estaba tan triste que don Bianchi (el maestro de los novicios) preocupado se puso a consolarme. Pero jamás me vino el pensamiento de abandonar la vocación. Desde entonces han pasado ocho años, y el Señor no permitió nunca que fuese tentado sobre mi vocación. Alguna vez deseé que se permitiesen en la congregación penitencias corporales, porque sentía su necesidad para conservar la

castidad... Se daba en mí un obstáculo interno, terrible, casi insuperable; se daban en mí horribles tentaciones impuras que vencer; pero quien me dio la vocación, me ayudó también a perseverar; era necesario romper una cadena larga y muy persistente, casi cambiar la naturaleza; pero la gracia triunfó. Fue un milagro, una obra maestra de la gracia. La vocación fue para mí una gracia eficaz, que aun respetando la libertad obtiene infaliblemente su efecto. Dé gracias y bendición al Señor conmigo y rece para mí (G. Barberis, D. Andrea Beltrami. Librería Ed. D. Bosco, s. Benigno Canavese, 1912, ed. Seconda, pp. 88-89).

Su padre Antonio y su mare Catalina.

Andrés había nacido en Omegna (Novara), a las orillas del lago de Orta, el 24 de junio de 1870. su padre Antonio era curtidor de pieles, su madre administraba una tienda de comestibles. Eran buenos cristianos (como recordaba Andrés) y educaban en el amor del Señor a los cinco hijos y cinco hijas que Dios les había mandado. A Andrés, el primogénito, le gustaban las aguas del lago, donde nadaba y remaba junto a sus hermanos. Le gustaban también las montañas que se elevaban no muy lejos del lago. Durante los meses de las vacaciones escolares las subirá siempre con pasión.

Hizo la primera comunión a los diez años. Era un buen monaguillo. Se confesaba con regularidad con su párroco. Pero tuvo la desgracia, hacia los doce años, de tener un compañero de clases que mantuvo con él conversaciones indecentes y trato de corromperlo. Andrés llevará siempre consigo estos tristes recuerdos como una marca ardiente. En octubre del año 1883 llegó al colegio salesiano de Lanzo Turinés. No sabemos por qué pasó de la escuela de Omegna a los salesianos de Lanzo. Con todo, sabemos que a su casa llegaba el boletín salesiano. En Lanzo, en el años 1884, Andrés quedo literalmente hipnotizado por mons. Juan Cagliero, el obispo misionero salesiano que habló a los muchachos de las lejanas tierras de la Patagonia y de los indios que le esperaban. Con toda probabilidad fue este el momento desde el que comenzó a sentir-como narra en su dramática carta- la invitación poderosa de Dios: tú serás salesiano.

En ayuda del príncipe polaco.

En Valsálce y después en Foglizzo (1887-1891), Andrés Beltrami se entregó a los estudios superiores: liceo y después Universidad, en la facultad de filosofía y letras, alternando entre Foglizzo y Turín. En Valsálce, en el otoño de 1887, Andrés se hizo amigo de Augusto Czartoryski, joven príncipe Polanco. Él había querido ser salesiano. Don Bosco dudaba, pero el papa León XIII en persona había apoyado su petición. La madre de Augusto, la amabilísima princesa María Amparo, era hija de la reina de España, había muerto de tisis cuando Augusto tenía seis años, dejándole una herencia real, pero también una salud frágil y resquebrajada por la tisis, la enfermedad que en aquel tiempo vaciaba inexorablemente las casas de los pobres y las del rey. A los dieciséis años, Augusto había tenido como preceptor a un ex-prisionero de los rusos en Silberia, venerado hoy como santo: José Kalinowski. Su madre y el santo preceptor habían alimentado en Augusto una actividad extraña: el desinterés sobre las cosas terrenas. El príncipe las miraba como si en su interior viese su incapacidad de hacerlo feliz. Andrés y Augusto se descubrieron como gemelos en la fe. Primero en Valsálce, luego en Lanzo y en Alassio, Andrés por orden de los superiores acompaña al príncipe Augusto en busca de la salud (le está atacando la tisis). Andrés guarda todas las atenciones para su amigo. Lo cuida como aun hermano. Realiza funciones delicadas pero higiénicamente prudentes como sólo un familiar íntimo sabe cumplir para no humillar al enfermo. En aquellos días, que con frecuencia se hacen interminables debido a una inactividad forzosa, Andrés recibe del príncipe Augusto lecciones calladas de santidad. Escribe: "Sé que estoy cuidando a un santo, un ángel". Y don

Celestino Durando, uno de los superiores mayores de los salesianos, testimoniara: "Nunca un enfermo estuvo de cuidados maternales, y nunca hubo enfermo más atento y delicado". Al fin del año 1890, mientras el príncipe permanecía en Alassio (moriría el 8 de abril de 1893), Andrés Beltrami volvió a Foglizzo, como asistente y enseñante, inscrito en la Universidad de Turín.

El sello de la sangre.

Mientras volvía de la Universidad de Turín un día siberiano (era el 20 de febrero de 1891). Andrés tuvo un fuerte golpe de tos, y se encontró con la boca llena de sangre. Era una grave hemotiposis: era la señal de que también sus pulmones estaban atacados por la tuberculosis. Aún no tenía veintiún años. Llamados inmediatamente los médicos para visitarlo, dijeron a los superiores que no se hiciesen ilusiones: la enfermedad era mortal. Andrés no supo nada, y dócilmente interrumpió los estudios universitarios y comenzó a cuidarse para recuperar la salud. Tras algunos meses escribió: "Voy mejorando día a día. Doy algún paseo despacito, despacito. Desde hacer algún tiempo, mi tos se hace más fuerte y viene más imprevista, sobre todo de noche". Su mayor deseo era llegar a ser sacerdote, celebrar la santa misa. Según las leyes de la Iglesia, en aquellos tiempos no se podía recibir la ordenación sacerdotal antes de los veinticuatro años. En las pausas que la enfermedad le concedía (esperanzado siempre de curar) Andrés comenzó a abrir los libros de teología para prepararse al gran día. Escribía a don Barberis: "Yo me encuentro bastante bien... He estudiado un poco de teología".

Leyendo en sus cartas, se observa que poco a poco se obra un cambio profundo en su vida. Rezando y pensando se abandona cada vez más a la voluntad de Dios. Ya no desea curarse, sino sólo hacer lo que agrada a Dios. El 2 de julio de 1892 escribe: "El Señor continúa ayudándome, y yo no tengo que hacer más que darle las gracias por esta enfermedad que es como un favor especialísimo". Algunos meses más tarde, escribe a su amigo Amilcar Bertolucci: "La congregación necesita de muchos que sufran, y que sepan sufrir bien".

Sacerdote y víctima.

Los superiores quisieron manifestar su reconocimiento a aquel "maravilloso paciente". Obteniéndole la dispensa de dieciocho meses para la ordenación sacerdotal. El 8 de enero de 1893 mons. Juan Cagliero, el obispo misionero que cuando muchacho le había entusiasmado, le ordenó de sacerdote en Valdocco, en las habitaciones en las que había vivido Don Bosco. A su primera misa asistió su queridísima madre. La habitación en la que vivía en Valsálce le permitía ver el altar de la capilla y el sagrario. Cada día pasaba horas en adoración mirando a Jesús Eucaristía.

Don Pablo Álbera, segundo sucesor de Don Bosco, trazando la figura de Andrés cuando se pensó hincar su Causa de beatificación, escribió: y suscribió con su sangre, una oración que siempre llevó colgada a su cuello en una bolsita: "Convierte, oh Jesús, a todos los pecadores, consuela con tu gracia a todos los agonizantes, libra a todas las agonías de los moribundos, todos los tormentos de todos los mártires, y esto hasta el día del juicio universal. Me ofrezco como víctima. Que esta víctima se ofrezca continuamente a ti".

Y después de seis años de mucho sufrimiento escribía a don Rúa: "Es el sexto año de mi enfermedad, y yo celebro su aniversario como el de un día festivo, lleno de alegría."

A pesar de que estaba en peligro de morir de un día para otro -continúa don Álbera-, pensó en ser útil a la Congregación escribiendo libros, después de haber pedido el permiso. De su pluma salieron una veintena de libros que publicados casi después de su muerte, tuvieron una amplia difusión, desde la vida de san Francisco de Asís a El pecado venial. Escribió todas estas obras en medio de graves dolores, tomando fuerzas mientras miraba el sagrario de Jesús Eucaristía.

Se durmió en el Señor el 30 de diciembre de 1897, después de haber renovado el ofrecimiento de sí mismo al Señor como víctima.

En aquellos años estaba en Valsálce un clérigo llamado Luis Variara. Nunca habló con don Beltrami, pero lo admiró profundamente. Luis Variara será misionero entre los leprosos de Colombia. Fundará una familia religiosa entre las hijas de los leprosos, proponiéndoles la espiritualidad de don Andrés Beltrami: vivir con alegría la vocación victimal juntamente con Jesús, hacer del sufrimiento una escalera que lleva al cielo. Ahora, algunas de aquellas religiosas (llamadas "Hijas de los sagrados Corazones de Jesús y de María") viven en Valsálce, al lado del lugar en el que don Andrés Beltrami se ofreció como víctima. Dedicán su vida a los salesianos enfermos que al final de una vida de trabajo extenuante en los campos de Dios, se recogen en la oración y en la espera de su venida. Juntas recuerdan las grandes palabras del venerable Andrés Beltrami: "La Congregación necesita de muchos que sufran y que sepan sufrir bien".